

Par delicatesses  
J'ai perdu ma vie.

J.A. RIMBOLD

En Guadalajara, en mis años de bachillerato, se mantenía la costumbre de pasear su empinada Calle Mayor dos o tres horas, desde la caída de la tarde hasta la hora de la cena. La recorriamos decenas de veces y sabríamos de memoria el aspecto de cada portal y de los comercios, cafés y bares en ambas aceras.

Caminábamos en grupos de tres o cuatro. En el mío se hablaba de fútbol y cuando no lo hacíamos de algo relacionado con las clases era de nuestros incipientes y platónicos amores, y de literatura con un candoroso despiste.

Aunque estuviéramos interesados en el arte comentábamos poco del tema porque nuestra desorientación era absoluta. Nadie nos habló de él con un mínimo de vivo calor y durante bastantes años estuvimos casi absolutamente incapacitados para valorar la real importancia de los monumentos de la ciudad, como el Palacio del Infantado, la Capilla de don Luis de Lucena, La Iglesia de Santa María... y de tantos rincones pintorescos poseedores de real encanto que nos brindara la ciudad. Y, sin embargo, de alguna manera vivíamos al ambiente del arte en la arquitectura y la urbanización pues por nuestras inclinaciones personales, avivadas por la atmósfera romántica de la mayor parte de nuestras lecturas transitábamos alguno de estos sitios y los visitábamos con frecuencia. Uno fue la Calle Barcales.

Situada en el centro de la ciudad, embalsosada con grandes piedras planas, sin circulación rodada y sin aceras, encarnaba la metáfora de puente entre dos zonas de la ciudad y poseía un ambiente popular donde pareciera haberse refugiado cierta atmósfera de leyenda, muy a propósito para ser de tema literario.

Y alguno de nosotros le dedicó un romance.

También íbamos muy a menudo, con el pretexto de estudiar por sus alrededores o a aprender de memoria las Coplas de Jorge Manrique, al Mausoleo de la Condesa de la Vega del Pozo, situado fuera de la ciudad, cerca del bello Parque de San Roque. Ese momento, rodeado de un amplio espacio, separado del exterior por una hermosa verja muy larga, pasaba por una época poco favorable a su valoración, que hoy resulta positiva desde el punto de vista de la sen-

## DE ESTE LADO DEL ESPEJO

### Memorias

Por Antonio FERNANDEZ MOLINA

## IX. Don Leovigildo García Pimentel y Coto

sibilidad educada en la estima de lo Kistch, retro, camp... Y sin embargo aquel edificio que contemplábamos por fuera y a veces visitábamos en su interior ejercicio sobre nuestra formación estética una influencia similar a la de algunas películas del expresionismo y de posteriores lecturas de novela gótica. Por entonces, y sin advertirlo, nos adelantamos a algunas cosas que nuestra sensibilidad gustó instintivamente y después se pusieron arrolladoramente de moda.

Vivía muy cerca de mi compañero y amigo Emilio Mera quien se hospedaba en casa de una señora viuda muy amable. Debió ser una belleza, como lo era su hija, algo mayor que nosotros.

La señora nos trató siempre con una protectora condescendencia, llena de comprensión y simpatía. Su marido fue pintor aficionado de técnica bastante estimable. Recuerdo su copia de La Vendimia, de Goya, que presidía el comedor. Esa pintura contribuyó a mantener nuestra inquietud y nuestro interés por el arte. En esa casa había otros huéspedes y en una ocasión se alojó durante unas semanas, mientras encontraba piso, un

matrimonio de cierta edad. El marido venía trasladado a Guadalajara y al ver la copia de La Vendimia manifestó su satisfacción por estar en la casa de un artista pues él también escribía y pintaba. Dijo llamarse Leovigildo García Pimentel y Coto y poseía una pintoresca apariencia.

Por entonces, cualquier aspecto externo de las personas que no coincidiera con el habitual resultaba muy chocante. Y para nosotros aquel hombre era como la encarnación de un oficinista estafalario descrito en algún libro leído en esos momentos. Ello motivaba nuestras provincianas burlas, producto de una atmósfera muy parecida a la evocada por Arniches en La Señorita de Trévez.

En la ciudad no había ninguna sala de exposiciones ni siquiera teníamos noticia de que viviera alguien dedicado en plenitud al cultivo del arte. Cuando, en excepcional ocasión, se exhibía un conjunto de cuadros en algún local oficial mal acondicionado para ese destino, normalmente se mostraban obras de muy escaso interés. Pero si el azar hubiera puesto las de real calidad dentro del arte moderno

a la contemplación pública, difícilmente hubieran sido comprendidas. Solo se creía apreciar el valor de las obras supeditadas a las habilidades artesanales de inspiración académica, bien alejadas de cuanto supone la aventura de la creación.

Un día en el paseo sorprendió a nuestros ojos un singular espectáculo. En el escaparate de un importante establecimiento comercial había expuestos unos pequeños óleos de Don Leovigildo García Pimentel y Coto que calificamos de auténticos chafarriones. Sin embargo seguramente los calificábamos así de oídas pues lo cierto es que despertaron nuestro interés e influyeron en nuestra sensibilidad. Así, mientras otras pinturas vistas en la época se han desvanecido totalmente del recuerdo aquellas permanecen con el nombre de su autor.

El artista nos ofrecía a nuestra contemplación unos lienzos casi expresionistas y próximos al naïf, que en el recuerdo me evocan algunos de Regoyos y Pedro Figari.

Pocos años después y cuando ya actuábamos, y a contracorriente, en la cultura de la ciudad

e introdujimos el testimonio del arte y la poesía moderna, comentaba Miguel Picazo, que pronto se descubriría como un importante director de cine con La tía Tula, la aparición de aquellos cuadros como un hermoso acontecimiento insólito que animara el rescoldo de nuestro interés, aunque inconscientemente, por el arte vivo.

En fecha no lejana, en uno de mis habituales visitas a las librerías de viejo encontré un volumen en rústica de mas de ciento cincuenta páginas bien aprovechadas titulado Luz de Ideales (Poesías), del que es autor Leovigildo G.-Pimentel y Coto, editado en Granada en la imprenta de Francisco Román Camacho, el año 1937. El ejemplar tiene una anotación autografía del autor que advierte se vende, en esa ciudad, en la Librería de Prieto, Calle Mesones al precio de 2 pts. También hay una dedicatoria con bella letra, rasgada que dice: "A mi estimado compañero y amigo, D. Arturo Osuna Servent, afectuosamente, El autor (rubricado). La Coruña, septiembre, 1941".

Uno de los poemas de luz de ideales se inicia de este modo: "Yo no sé que tengo; / hace tiempo que no sé que me pasa, / ya me pongo triste / ya de pronto se alegra mi alma. / Me muevo y me agito / prisionero cual fiera enjaulada, / mordiendo mis manos... / sin vista en los ojos, / llorando de rabia!..."

Al copiar estos discretos y nobles versos becquerianos quiero rendirle un sincero y entrañable homenaje a su autor.

**ZALDIVAR**



**EXPOSICION ANTOLOGICA 1972-1985**  
Hasta el 20 de Julio  
**CASA DE LA CULTURA**  
**DE LA PUEBLA DE ALMORADIEL**  
**DIBUJOS, PINTURAS Y VOLUMENES**

**CARCAMA**  
**ESPECTACULOS**

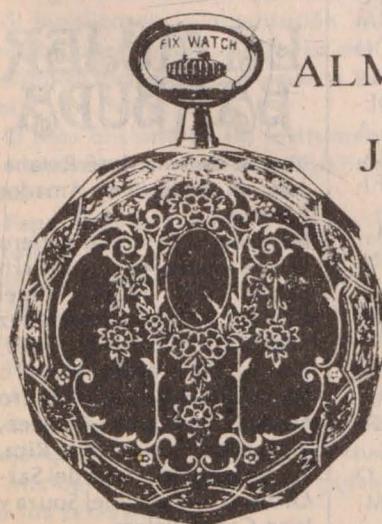
**CONTRATACIONES ARTÍSTICAS**  
**DE CASTILLA-LA MANCHA**

OS INFORMAMOS QUE PODEIS  
DISPONER DE NUESTROS SERVICIOS  
Y ASESORAMIENTOS EN CUANTO A  
CUALQUIER TIPO DE FIESTAS  
PATRONALES Y CULTURALES ETC  
EN LO QUE CONCIERNE A

- CONCIERTOS DE ROCK
- SEMANAS CULTURALES
- FESTIVALES INFANTILES
- FESTIVALES DE NACIONALIDADES
- ORQUESTAS Y CONJUNTOS
- ESPECTACULOS DE VARIEDADES
- PASACALLES Y CHARANGAS
- FESTIVALES MUSICALES
- FESTIVALES DE MUSICA FOLK
- EQUIPOS DE SONIDO
- DISEÑO E IMPRESION DE CARTELES
- CONTRATACION EN GENERAL

APARTADO DE CORREOS 463  
TELÉFONO 210465  
45080 TOLEDO

**ALMONEDA Y ANTIGÜEDADES**  
José María Núñez Narbona



Muralla de Bisagra, 1  
(Junto Puerta Bisagra)

Teléfono: 22 38 23

TOLEDO

